

CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

VIVIR LA MISERICORDIA EN LA FAMILIA

(Transcripción aproximada del audio)

Encantado de compartir con vosotros este momento. Yo creo que somos todos conscientes de que el Jubileo de la Misericordia posiblemente sea un momento álgido en el pontificado del Papa Francisco, pues él aquí ha expresado su convicción, su intuición de subrayar la misericordia; yo creo que ha sacado su alma, y obviamente, no se trata de ninguna novedad, porque en la vida de la Iglesia los medios de comunicación son muy dados a decir "por primera vez la iglesia..." y casi nunca es cierto eso de "por primera vez". Incluso se suele querer dar noticia de la Iglesia en clave de discontinuidad, y no es verdad, la discontinuidad no es cierta en la vida de la Iglesia. El otro día, por ejemplo, se otorgó al Papa Francisco un premio, en un encuentro europeo, que también recibió antes Juan Pablo II.

Es frecuente que se quiera hacer ver como si hubiésemos descubierto algo que antes no teníamos. No es cierto, fijaos como el Papa San Juan Pablo II, también se caracterizó por haber sido un enamorado de la intuición de la centralidad de la misericordia, como él introdujo la solemnidad de La Divina Misericordia en La Pascua y canonizó a Santa Faustina Kowalska. De hecho, la Jornada Mundial de la Juventud que nos disponemos a celebrar este verano en Cracovia, tiene su razón de ser en todo lo que fue el pontificado de Juan Pablo II. Pero es cierto que, en este momento, nuestra sociedad se caracteriza especialmente por caer en la cuenta de la cantidad de heridas que arrastramos, me refiero a heridas en la familia, heridas psicológicas, heridas sociales... Yo creo que somos muy conscientes de que necesitamos paciencia, caridad y misericordia; este mundo necesita misericordia. Todavía tenemos un recorrido, hasta la solemnidad de Cristo Rey podemos acudir al Jubileo de la Misericordia.

Voy a decir que estoy muy contento de ver como, en este Jubileo de la Misericordia hay ciertas cosas que están renaciendo, que se están redescubriendo. Por ejemplo, creo que la potencialidad que está teniendo este jubileo con respecto al sacramento del perdón, al sacramento de la confesión, está siendo muy grande. En los lugares en los que se gana el jubileo, con la puerta santa, etc... estamos experimentando, creo que un redescubrimiento del sacramento de la penitencia muy grande. Se están volviendo a descubrir cosas importantes que el mundo tenía olvidadas.

Os cuento una anécdota de hoy mismo, que no tiene desperdicio. Ha sido una conversación escuchada en la cola de una carnicería. Me han dicho que estaban dos personas hablando de una parroquia en la que los sacerdotes están intentando, pues eso, transmitir este tesoro, invitando al sacramento de la confesión. También yo tengo la alegría de ver como cuando celebro la Eucaristía los domingos, a las seis de la tarde en la catedral, veo como muchas personas se suelen acercar a confesar, pero la anécdota es la siguiente:

Estaban esperando en la carnicería y le dice el uno al otro: "Oye, han llegado unos sacerdotes nuevos a la parroquia y son supermodernos, fíjate que confiesan a la gente uno por uno". Estaban impresionados. Entonces, verdaderamente creo que tenemos la oportunidad de redescubrir el mensaje de Jesucristo como si fuese absolutamente novedoso. Es que lo es. Es cierto que es una eterna novedad. Pero claro, como nos

hemos acostumbrado a perder las cosas de vista nos puede resultar impactante, en este momento, la imagen del Papa poniéndose de rodillas para confesarse. Alguno ha descubierto ahora el Mediterráneo, pues bendito sea Dios, porque era el momento de descubrirlo. Yo creo que hay una gran esperanza en que el Jubileo de la Misericordia nos ayude a descubrir lo esencial.

Uno de los tesoros de este Jubileo son las obras de misericordia, -corporales y espirituales-. El Santo Padre nos pidió que las predicásemos especialmente. Lo que yo quisiera en esta charla es hacer una aplicación de esas obras de misericordia corporales y espirituales a la vida de la familia, porque generalmente, estas obras de misericordia las hemos entendido ad extra, hacia fuera; las obras de misericordia con los pobres, con los alejados. Pero es cierto que la caridad bien entendida comienza por casa, eso es una gran sabiduría, porque si no somos capaces de vivir estas obras de misericordia en nuestro núcleo más íntimo, posiblemente lo que hagamos hacia fuera no sea todo lo efectivo que tiene que ser, sino una cierta pose, un actuar sin que realmente sea la expresión de nuestra vida ordinaria. En la vida ordinaria de la familia se tienen que vivir las obras de misericordia, entre nosotros. Por eso, de una manera práctica, voy a ir describiendo esas obras de misericordia espirituales y corporales y haciéndome la pregunta: "¿Esto en la familia cómo se vive?".

Comienzo con las espirituales: Enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo, rogar a Dios por vivos y difuntos. ¿Y esto en la familia cómo se hace?

Enseñar al que no sabe. Bueno, estamos en un colegio y aquí estáis un grupo de familias. Yo creo que hay un principio básico. Creo que lo principal que tenemos que transmitir es la convicción de que la verdad existe y que nuestra plenitud consiste en conocerla y en saber que la verdad plena la vamos a encontrar en el cielo, pero que en esta vida es clave ir creciendo en el conocimiento de la verdad, estar enamorados de una verdad y partir de su existencia, porque cuando no se cree en la verdad es como pretender nadar sin agua. Educar sin creer en la verdad es como nadar si no hay agua en la piscina, es imposible. Creo que es básico que nosotros hagamos una enmienda a la totalidad a una cultura que parte de un relativismo y de un subjetivismo, de un no creer en una existencia objetiva de la verdad. Que seamos capaces de transmitir ya en casa, desde el minuto cero, la convicción de que Dios es la verdad y nos permite ir descubriendo esa verdad que Él ha sembrado en la creación; y que vamos descubriendo el misterio de Dios en la creación y en la revelación. Por tanto, esa paciencia y en primer lugar, el enamoramiento. Yo creo que nuestros hijos necesitan unos padres que crean en la verdad y que transmitan en la educación el deseo de conocerla. "Mis padres están enamorados de la verdad y me han transmitido el deseo de ir creciendo paulatinamente en el conocimiento de la verdad". Eso es básico, es el agua de la piscina para poder nadar.

Sois conscientes de que los niños tienen fases distintas en la vida. Hay fases que son muy bonitas, en las que en los niños todo es preguntar y preguntar. Esas fases son muy bonitas.

Son más preocupantes otras fases en las que uno no pregunta nada, se muestra más escéptico. Puede haber fases distintas, pero yo creo, que en todas ellas, en momentos diferentes, es tarea nuestra el ir respondiendo o suscitando el deseo de la verdad. Una de dos: cuando hay deseo, a responder y cuando no lo hay, a suscitarlo. Posiblemente Jesús no ha venido únicamente para responder a nuestras preguntas, sino también para suscitarlas. Creo que el verdadero educador no sólo es el que da respuestas

cuando se le pregunta, sino el que suscita hambre de la verdad, hambre de saber, hambre de conocer. Por supuesto que creo que esta puede ser la clave principal, la clave por vuestra parte. Y es verdad que esto tendréis también que conjugarlo con el colegio y con los planes educativos; pero yo diría que **enseñar al que no sabe** requiere como presupuesto básico creer en la verdad y suscitar una especie de gusanillo interior de deseo de conocerla.

En segundo lugar, **dar buen consejo al que lo necesita**. ¿Esto en el seno de la familia cómo se vive?. Lo normal es que, en un crecimiento progresivo, al principio en una familia funcionen más las órdenes, las cosas a un niño pequeño se le mandan. Pero creo que si la educación va como tiene que ir, en poco tiempo no se distingue una orden de un consejo. Y si las cosas van como tienen que ir, lo lógico es que al final el propio testimonio ya casi sea suficiente. Yo creo que lo lógico es que haya un itinerario entre orden o mandato, consejo y testimonio, que por sí solo ya es suficiente; creo que es bueno que reviséis esto. Yo recuerdo, entre esas cosas que me han quedado grabadas del proceso educativo que uno vivió en su adolescencia, recuerdo haber visto unos padres que fueron pasando de la capacidad de tener autoridad, no autoritarismo, sino autoridad sobre nosotros, a un momento en el que nos daban consejos y después a un momento en el que yo mismo me sentí sorprendido, al ver que, a veces, mis padres me pedían consejo a mí. Y cuando en algún momento de mi vida mis padres me pedían consejo, yo pensaba que aquello no había ido tan mal, pues había visto un desenvolverse progresivo de las cosas. **Dar buen consejo al que lo necesita**, yo creo que es caer en la cuenta de que lo importante no sólo es hacer, sino “hacer hacer”.

En la educación de la familia hay que tener mucho cuidado en que no exista una especie de sobreproteccionismo que resuelva las cosas y las dé hechas. Tiene mucho más valor el “hacer hacer” en la familia, que el sencillamente conformarse con que “ya está solucionado”. A veces el “hacer hacer” es más lento porque es más fácil decir: “Quita, déjame que ya lo hago yo, que voy a tardar menos”. Eso nos pasa mucho, también le puede pasar a un sacerdote, que en su parroquia dice “quita, que me das más trabajo”. Es un error. Creo que en la educación el saber sobrellevar las imperfecciones, pero dejando que la persona crezca en su proceso es muy importante. Sobrellevar con paciencia el proceso de crecimiento de una persona. “Hacer hacer”, requiere tener paciencia con la imperfección de las cosas.

Tercera obra de misericordia: **Corregir al que yerra**. Sin duda alguna, yo diría que el lugar natural de la corrección es la familia. A ver, ¿en qué lugar nos corregimos?. Yo creo que en la familia y en la Iglesia, en pocos sitios más. Y en la Iglesia también hay que buscar el sitio en el que exista la suficiente sinceridad para ser capaces de corregir y no sólo dar palabras meramente complacientes.

La familia es el lugar natural de la corrección fraterna, el único lugar donde verdaderamente se corrige, porque se ama y hay un amor comprometido. Y además, digámoslo claro, la corrección fraterna suele ser inversamente proporcional a la crítica por la espalda. Allá donde no se corrige se suele criticar por la espalda. Supone amor, supone compromiso, supone corrección.

Yo recuerdo una anécdota de nuestra infancia o de nuestra adolescencia, y es que existía también un cierto nivel de corrección de nuestros padres hacia nosotros, y a veces te llamaba la atención que tus padres te corregían más a ti que a los primos o que a otros. A nosotros nos corregían más, y me recuerdo en una ocasión pidiendo explicaciones en casa: “¿Por qué a mí me corriges y a los otros no?”, y la respuesta de nuestro difunto padre fue la siguiente: “Oye, mira, yo a esos igual no les quiero lo suficiente como para corregirles, pero a ti sí”. Y eso es verdad, hay querer mucho para

comprometerse en la corrección. Y me parece que esto es muy importante, que nuestros hijos lleguen a entender que es un tesoro poder ser corregidos, supone estar dispuesto a contrariar, a incomodarse; porque el verdadero amor no es el amor complaciente.

En cuarto lugar, **perdonar las injurias**. En la familia se nos ha enseñado a pedir perdón y se nos ha enseñado a perdonar, que son dos cosas un poco distintas. Porque uno dice: ¿Qué es más difícil, pedir perdón o perdonar?. Yo diría: depende, para el que es orgulloso es más difícil pedir perdón y para el que es rencoroso es más difícil perdonar. Depende de cada uno, son dos cosas distintas, pedir perdón y perdonar. Pero creo que, en cualquier caso, como ha sido en la familia donde hemos sido amados incondicionalmente, donde hemos experimentado el amor gratuito; como yo he sido perdonado en la familia, se me puede pedir el ser educado en ambas cosas. Solamente el que ha sido amado gratuitamente, el que tiene la experiencia de haber sido amado a cambio de nada, puede recibir también el mandato del perdón, porque si no, es pedirle peras al olmo. A alguien que no ha sido amado gratuitamente no se le puede pedir que perdone, porque no puede hacerlo, no tiene punto de referencia para poder hacerlo. Bueno, pues este es un gran reto: El reto de que aprendamos a pedirnos perdón en el seno de la familia y que aprendamos también a perdonar, a tener paciencia los unos con los otros.

Consolar al triste, la quinta obra de misericordia. Yo creo que también la familia es el lugar natural para la educación de los estados de ánimo. Los estados de ánimo, a veces, en la calle se disimulan, porque uno tiene cierta capacidad de mostrar una imagen distinta, pero en el seno de la familia esto es muy difícil, porque es mucho tiempo para llevar la máscara puesta. Y es fácil observar que, por ejemplo, cuando uno no tiene tolerancia al fracaso y fracasa en algo, en ocasiones se viene abajo, porque tiene cierta vanidad, él quería quedar bien, que todo le saliese redondo, y entonces, qué importante es que nosotros en la familia, enseñemos a relativizar los disgustos: "Mira, ha pasado esto; no ha pasado nada, lo esencial permanece, más se perdió en Cuba, como se dice". Aprender a relativizar los disgustos, a entender que nosotros tenemos que poner nuestra alegría en los valores que son esenciales y no en los relativos; educar el amor propio, hablando claro. Eso únicamente se puede hacer en el seno de la familia.

Hay una famosa anécdota de la vida de San Francisco Javier que cuenta Pemán en "El divino impaciente": Se cuenta que Francisco Javier tenía la ilusión de ir a Las Indias, pero había visto que Ignacio eligió a otros dos jesuitas. Uno de ellos se puso enfermo y entonces Ignacio le dijo a Javier: "¿Iráis tú a las Indias?", y él, que estaba deseando escuchar eso, pero no quería pedirlo, porque podría parecer que estaba buscando su voluntad, dijo: "¡Iré y entregaré mi vida y ganaré todas las almas y derramaré mi sangre...!" Y entonces Ignacio le dice: "Hijo y un poquito menos, un poquito menos...".

Él se da cuenta y dice: "es verdad, soy un orgulloso, no valgo para nada..." Entonces Ignacio le contesta: "Hijo y un poquito más, un poquito más". Esta anécdota, que está ahí en "El divino impaciente" de Pemán, es la vida misma. **Consolar al triste** es saber educar nuestras emociones y saber decir "un poquito menos" y "un poquito más", esa es la clave de la felicidad en el seno de la familia, el "un poquito menos" y el "un poquito más"; porque no es cierto que **consolar al triste** sea fomentar la melancolía: "¡Ay, pobrecito mío!", eso no es **consolar al triste**; eso casi es hacerle un daño. **Consolar al triste** tampoco es estar jugando al victimismo narcisista: "Pobrecito de mí, todo me toca a mí..." No, eso no es **consolar al triste**; posiblemente **consolar al triste** sea relativizar los disgustos, "a ver, que no pasa nada..." Yo creo que esto es muy importante.

A veces, por ejemplo cuando se insiste en perdonar, pero ¿qué es perdonar?, ¿cómo se educa en perdonar?. Bueno, pues tú piensas: "no hay derecho, a lo que me han hecho, pero yo voy a hacer un acto súper generoso y voy a perdonarle, aunque no se lo merece, lo voy a hacer". Perdonar posiblemente, sea ver que no ha sido para tanto. El verdadero perdón probablemente consista en no ofenderte tan fácilmente, no ser tan vulnerable a las ofensas, porque como uno enfatice lo que le han hecho no va a perdonar bien. Jesús dijo: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen", le quitó importancia a lo que le habían hecho. No dijo: "son unos sinvergüenzas, Padre, pero yo les voy a perdonar", no dijo eso Jesús. Dijo: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Pues con la tristeza pasa lo mismo, en el fondo, educar los estados de ánimo es aprender a relativizar, a decir "un poquito menos" y "un poquito más", y que no seamos tan vulnerables. Si tú tienes puesto tu corazón en lo esencial, no te van a afectar tanto las cosas.

Estamos hablando de los hijos, pero también las cosas que digo se pueden aplicar al matrimonio, como podéis imaginar aquí todo es aplicable en distintos niveles. Y sin duda también, yo creo que en el seno del matrimonio hay que saber ayudarse, en ese **corregir al que yerra, consolar al triste...** pero al mismo tiempo viendo, "¿y yo cómo te puedo ayudar a ti cuando tienes un momento malo?", "¿de qué manera puedo ayudarte?". Suele ser bueno hablar de esto fuera de la borrasca, porque en plena borrasca igual no es buen momento para hablarlo; pero en otra situación puede ser bueno decir "¿de qué manera nos podríamos ayudar cuando tú tienes tu momento de tristeza, de melancolía?, ¿de qué manera te ayudo mejor?"

Sexta obra de misericordia. Os las recuerdo: Enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste.

Sexta: **Sufrir con paciencia los defectos del prójimo.** Vaya obra de misericordia esta, madre mía... esta es potente, muy potente, porque además dice uno, "bueno ¿no habíamos dicho antes **corregir al que yerra?**", "esto es un poco contradictorio... ¿en qué quedamos, corrijo o sufro con paciencia?". Aquí yo creo que la clave de la educación está en compaginar los altos ideales con la paciencia, las dos cosas en unas dosis que el Espíritu Santo nos tiene que iluminar de qué manera aplicamos la mano derecha o la mano izquierda. Pero creo que ambas cosas son ciertas y verdaderas. Yo creo que la clave está en amar a las personas tal y como son, con la firme esperanza de que pueden ir creciendo. Un signo muy negativo de las correcciones es que nazcan desde el rechazo, -no te aguanto tal y como eres y por eso te corrijo- mal asunto; si una corrección nace de ese presupuesto está condenada al fracaso. Cuando digo: "es que no aguanto esto, necesito corregirlo", mal asunto. En el fondo la corrección tiene que estar sustentada en sufrir con paciencia los defectos del prójimo, y cuando esa base está bien asentada, entonces corrijo, porque mi corrección no nace de mi irritabilidad, no nace de que "ya no aguanto más". Nace de la esperanza en que el otro crezca, que es muy distinto, porque claro, que una corrección haya nacido de que "tengo ya el vaso colmado", o que haya nacido de entender, "este es el momento de decírselo para que lo comprenda y crezca" es muy distinto. Luego, digamos que tiene que haber un autodominio, una paciencia que permita llegar a la corrección. El amor maduro es el que sabe esperar el momento adecuado y sabe discernir, diciendo: "No, no es este el momento de corregirle, en esta otra circunstancia lo va a entender mejor". El amor maduro es el que sabe discernir los momentos y los lugares, no el que actúa por el calentón de un momento determinado.

Solamente cuando las personas se sienten queridas como son, es cuando son capaces de superar sus defectos, es curioso esto, pero si alguien percibe que no es querido, no

tiene el estímulo necesario para superar sus defectos; forma parte de nuestra psicología humana y esto que decimos de los chavales, también obviamente, hay que referirlo al propio matrimonio. Por ahí se dice, no sé si lo habréis escuchado, es un poco irónico, con sentido del humor, pero algo de verdad puede tener; dicen que los hombres se suelen casar con la esperanza de que sus mujeres no cambien nunca, pero a veces cambian, y que las mujeres, a veces, se casan con la esperanza de que su marido cambiará después de casarse, y no cambia. Esto irónicamente nos viene a decir que la clave está en que tenemos que querernos como somos, amarnos como somos, aceptarnos, pero al mismo tiempo tener la capacidad, desde ese amor de ayudarnos a superarnos y a corregirnos.

Séptima obra de misericordia: **Rogar a Dios por vivos y difuntos**. Repito las siete: Enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo, rogar a Dios por vivos y difuntos.

Creo que la familia es también el lugar en el que aprendemos a orar. Lo cierto es que no puede haber un niño que tenga el alma mejor educada en la oración que aquel que ha aprendido a orar viéndolo, experimentándolo, aquel que ha entendido que para sus padres el momento de la oración es el momento de mayor intimidad, el momento más sagrado, el momento principal. Porque un niño lo que percibe perfectamente es ¿para mis padres qué es más importante o menos importante?, eso se percibe. Y si un niño en casa ve que los padres empiezan a rezar el Padre nuestro y de repente lo dejan por el fútbol, el niño sabe perfectamente que para su padre el partido es sagrado.

Qué es sagrado y qué no es sagrado, no hace falta que lo digas, que ya se nota. La sacralidad es algo que no se dice, se trasluce, se manifiesta; “para este esto es sagrado...” Bueno, pues es fundamental que en el seno de la familia un niño crezca diciendo: “esto es sagrado, es sagrada la oración, y es sagrada la Eucaristía”.

Por ejemplo, una anécdota que recuerdo de mi adolescencia. Recuerdo que con nuestros padres íbamos siempre el domingo a misa y ellos eso lo tenían totalmente claro y además fue mérito suyo hacer que La Eucaristía, que la misa, fuese para nosotros siempre un momento entrañable, porque la familia íbamos juntos. Nuestros padres eran súper trabajadores y bueno, nos permitíamos un paseo por La Concha, nos permitíamos algo que era nuestro pequeño descanso de la semana, ligado a La Eucaristía, ellos nos lo hicieron muy amable. Pero recuerdo que un domingo que habíamos dejado la misa para última hora, de repente se presentaron unos primos que habían venido de Pamplona a visitarnos. Y yo vi que había peligro de que por esa visita nos pudiéramos quedar sin la misa del domingo, y recuerdo que nuestro padre, ni corto ni perezoso, les dijo: “Oye, os voy a dejar aquí unas cosas para picar, os dejamos aquí, nos vamos todos a misa y ya vendremos después”.

Allí los dejó y nos fuimos toda la familia. Yo me quedé... fijaos que lo cuento un montón de años después, o sea, me quedé con la copla, porque pensé -madre mía, aquí ha cogido mi padre y ha dejado esto resuelto sin ponerlo en duda: “aquí os sacamos esto para picar, esta es vuestra casa y nos vamos todos”- y los dejamos allí. ¿Qué quiero decir?, pues que hay cosas que no hace falta que te las digan, te las han transmitido. Tú has visto para tus padres lo que era la Eucaristía, tú has visto que tu padre un día se ha emocionado rezando o que un día se puso a leer la vida de un santo delante de ti y eso le ha conmovido y esa conmoción de tus padres para ti es sagrada. Por lo tanto, en la última de las obras de misericordia espirituales **rogar a Dios por vivos y difuntos** no cabe hacer teatro, es decir, sólo los enamorados enamoran. Ojo, eso le pasa al cura también. ¿Acaso vosotros no decís “ese sermón es un poco rollo, no transmite nada y

me cansa...” ¿y lo que decís del cura pensáis que no ocurre también con vosotros?. Pero además hay una diferencia, que de cura se puede cambiar, pero de padres no, o sea, que lo vuestro todavía tiene más responsabilidad, porque si el cura es un poco pesado ya cambiaré de parroquia, pero de padres no se puede cambiar; vuestro compromiso es muy fuerte, porque si uno no está enamorado no transmite enamoramiento.

Obras de misericordia corporales: Visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, redimir al cautivo, enterrar a los muertos.

¿Y esto cómo se hace en el seno de la familia?.

Visitar a los enfermos. Yo creo que la familia es muy importante que sea escuela de misericordia y de sensibilidad hacia los enfermos. Para empezar, en una familia cuando de repente uno se pone enfermo, por ejemplo el pequeño, y cambiamos el plan de la familia, el plan del fin de semana, todo el mundo aprende, que por supuesto, eso hay que asumirlo. Uno se ha puesto enfermo, se cambia todo el plan por él y es una gran enseñanza, porque es primar la debilidad; a la debilidad se le protege. O sea, estamos enseñando que esta no es la sociedad del más fuerte, sino que a la debilidad se le protege. Y si en una familia hay un hijo que es especialmente débil, por cualquier cosa, se transmite el valor de que: "tú cuida de tu hermano más débil, cuidas de él", y uno recibe ese mandato de sus padres y es algo sagrado; que uno cuide del más débil. Creo que en la familia hay una gran lección de cuidado de la debilidad. Y os voy a decir también, que creo que muchas veces una terapia de choque importante, por ejemplo, en las rebeldías de la adolescencia, etc... puede ser también mostrar a nuestros hijos el mundo del dolor, las necesidades del mundo, los verdaderos sufrientes del mundo. Porque cuando uno tiene su crisis de adolescencia, entra en la época de las quejas y se queja de todo: "me siento una víctima", "nadie me comprende", muchas veces, la única forma de sanar esa especie de narcisismo egoísta es mostrando a nuestros hijos el sufrimiento de verdad. Recuerdo también que en algún momento rebelde de nuestra adolescencia nuestros padres tuvieron, no sé cómo, la salida de llevarnos un fin de semana al psiquiátrico de Mondragón, a visitar enfermos; estarían hartos de nosotros, obviamente; a ver si viendo un poco del sufrimiento real se acababan nuestras tonterías. Y es una importante terapia de choque ver el sufrimiento real del mundo, acercarnos a los enfermos, acercarnos a los que sufren. Esto obviamente, dependiendo de la edad de los niños o de los adolescentes cambiará, pero es cierto que el que prioricemos a los débiles y a los enfermos hace que mi jerarquía de valores se redimensione de una manera muy importante, si no mi egolatría es la que prima en todo momento y en todo lugar.

Dar de comer al hambriento, ¿esto cómo se aplica en la familia?. Estamos donde estamos y hambre desde luego no tenemos, en absoluto, pero sí es cierto que la educación en el comer es clave, es básica. La superación del capricho en el mundo de la comida yo creo que es uno de los temas en los que nos la jugamos, porque el que el gusto sea educado, en la comida, es el principio de la educación de la voluntad. El "me gusta", "no me gusta", "me apetece", "no me apetece" es una auténtica dictadura. Y cuando escucho "yo hago lo que me da la gana" a veces he dicho: "Sí, haces lo que te manda la gana, que es muy dictadora por cierto, y te tiene esclavo" o sea, que el llegar a educar "nuestra gana" es una de las batallas claves en la vida y creo que esas batallas comienzan por temas como el de la comida.

Es curioso, porque a veces, cuando solemos organizar campamentos con los niños en verano, ahí comen de todo y luego te dicen los padres, ¿oye, pero cómo ha sido?,

¿cómo es eso que el niño en el campamento come de todo y luego en casa...?. Hasta recuerdo en alguna ocasión allí en Zumárraga, donde fui párroco, algunas madres me decían: "¿Tú no podrías hacer, José Ignacio, un campamento cada mes y medio o así?". Porque, al parecer, el efecto al cabo de un mes y medio desaparece, ¿por qué puede ocurrir eso de que un niño en un campamento come de todo y luego llega a casa y allí no?. ¿Eso por qué puede ocurrir? Puede ocurrir, obviamente, porque cuando hay un estímulo externo en el que uno se ve ridículo con sus "yo no quiero, yo sí quiero" ese ambiente le empuja y además como hay un clima de alegría, de ilusión y de fuertes valores, -que ahora estamos todos cantando aquí, tenemos después un partido de fútbol...- eso hace que sea capaz de vencer todo lo demás. Soy capaz de sobrepasar mi gusto en esta comida y se acabó, y me olvido rápidamente de esto. Lo cual quiere decir que el gusto es educable, si hay ilusiones superiores. Yo recuerdo haberme llevado más de un cachete por no querer cosas que ahora las pido en un restaurante, es así. Es un regalo de tus padres el que no haya nada que no te guste, pero sobre todo lo que es un regalo difícil de cuantificar es cuánto ha influido eso en la educación de tu voluntad.

Por cierto, estamos en Ventas y yo recuerdo haber hecho la mili aquí, en el cuartel de Ventas en mis tiempos, y entonces era sacerdote en Zumárraga, tenía un régimen que por las mañanas estaba aquí en el cuartel y por las tardes me permitían ir a la parroquia en Zumárraga, estaba en doble régimen. ¿Y por qué me acuerdo de esta anécdota ahora?, pues me acuerdo porque estaba en el botiquín y era llamativo ver que los compañeros en la mili, en vez de comer lo que les ponían, andaban siempre pidiendo dinero en casa para ir a la cantina. ¿Y sabéis que mote me pusieron a mí en la mili, que fue de chiste?, me pusieron "el páter túrmix", decían; "este se lo come todo". Y es curioso porque tú decías: "Fíjate qué regalo me hicieron mis padres de que para mí no suponga ningún problema comer lo que haya, y éstos están yendo a la cantina, pidiendo dinero y encima no comen mejor". El tema, como os podéis imaginar, no es exclusivamente la comida, sino que es la educación en superar nuestro gusto. El gusto es educable y eso supone, a veces, ciertas batallas, y podemos caer en el error de que como tenemos muchas cosas que hacer, "por la paz un avemaría" y "tira millas", y cometemos errores al ceder. Superar el capricho, la superación del capricho, yo creo que es uno de los temas básicos.

Dar de beber al sediento, ¿Cómo aplicamos esto en el seno de la familia?. Yo creo que con esto tenemos que ser muy estrictos y muy críticos en el tema de la educación sobre el alcohol. Uno de los temas que más han hecho sufrir en el seno de nuestras familias ha sido el cierto consumo de alcohol, a veces por parte especialmente de los hombres, pero bueno, también puede ser por parte de la mujer. El hecho de que en nuestra cultura se haya convivido con cierto nivel de "txikiteo", aunque ahora eso ha cambiado bastante ciertamente, ha podido hacer sufrir en las relaciones familiares bastante más de lo que suponemos. Y, por cierto, aquí ahora se habla de la violencia de género y parece como si la razón que estuviese detrás de esa violencia doméstica fuera un tema de sociedad patriarcal. Vamos a ver, detrás de esa violencia hay otras razones que hay que saber identificar, muchas veces el consumo del alcohol, el recurso de la pornografía, que hace también que nos estemos acostumbrando a utilizarnos los unos a los otros, como objeto de placer, y una serie de factores, que a veces, no se quieren tener en cuenta. Yo creo que, con respecto al tema del alcohol, hay un reto muy serio en el seno de nuestras familias porque, obviamente, a nuestros hijos no vamos a ser capaces de transmitirles unos valores si no los ven claramente establecidos en nosotros. El tema del alcohol pienso que es más serio de lo que parece.

Cuarto lugar: ***Dar posada al peregrino***, ¿y esto cómo se hace?. Porque es verdad que los niños suelen estar encantados de que tengamos gente invitada en casa, los niños

en eso encantados. Pero es cierto que una familia blindada, y entiendo que alguno pueda caer en la tentación de blindarse un poco, porque la cosa, a veces está como está, y tienes miedo de que al tener mucha relación con unos y con otros pueda haber malos testimonios. Pero creo sin embargo, que con criterio, el que tengamos un modelo de familia abierta y no de puertas cerradas educa mucho. La capacidad de adaptarnos a los demás, la capacidad de no pensar solamente en nosotros mismos, de aprender de cada uno... Incluso os voy a decir una cosa: ***Dar posada al peregrino***; que en nuestra mesa se pueda llegar a sentar un pobre, posiblemente, pueda llegar a ser uno de los mayores testimonios que queden grabados en el corazón de nuestros hijos para siempre. O que en unas navidades nosotros intentemos que vengan personas que están solas a nuestro alrededor, vecinos, familiares... y que nosotros eduquemos a nuestro hijo en que en nuestra mesa se sienten otras personas que están solas. Yo creo que son lecciones importantísimas que quedan grabadas para siempre el seno de la familia; ***dar posada al peregrino***.

Vestir al desnudo. La relación con la ropa es una gran batalla en la educación de las familias. Cuando vas por ahí... En una ocasión, estuve hace poco, en un cambio de avión en Barcelona. Tuve un rato libre y estuve viendo todo el mundo de las tiendas de moda, ahí en el aeropuerto, todo el mundo de las marcas y demás... Y te das cuenta de que hay un influjo tremendo, un culto a la imagen que puede llegar a condicionar nuestra propia personalidad, una incitación al consumismo. Entonces, yo creo que la clave está en ser capaz de educar en el buen gusto y en la practicidad, sobre todo suscitando capacidad crítica. Yo creo que es básico suscitar capacidad crítica en la educación. Incluso a veces, yo creo que ver televisión, ver los anuncios siendo capaces de suscitar capacidad crítica, ante los resortes de incitación de nuestras pasiones para intentar convencernos. Me parece que, por ejemplo, ver con nuestros hijos la publicidad y, sin agobiar obviamente, pero de vez en cuando, suscitar una capacidad crítica de los resortes que se están utilizando para manipularnos subliminalmente es muy importante; el culto a la imagen. Porque lo que es cierto es que cuando tú ves a Claudia Schiffer haciendo un anuncio de coches, todo el mundo es consciente de que ese coche va a vivir sin ella, se está utilizando su imagen para ver si alguien está ensoñando un poco y le están pagando millones de dólares porque saben que es rentable, porque le hacen a la gente soñar. A ver, tenemos que ser conscientes de esto. Tenemos que ser conscientes de hasta qué punto estamos siendo incitados, reclamados subliminalmente. Eso ocurre y si alguno dice: "No, engañan a otros, a mi no..." Por Dios, no seamos ingenuos; todos somos susceptibles a ese influjo continuo del culto a la imagen, que es tremendo. "Me siento bien, me siento ridículo, no me siento ridículo con esta ropa..." Eso es una gran pelea, que la autoestima de nuestros hijos no esté ligada a la ropa. Fijaos hasta qué punto podemos ser manipulados, que dependiendo de qué ropa me he puesto me siento bien o me siento mal, me siento ridículo, me vengo abajo o estoy triste, todo eso por la ropa... Es muy duro, si te pones a analizarlo. Es un drama. Creo que es importantísimo el sentido crítico, el sentido crítico ante ese mundo en el que verdaderamente podemos ser objetos de utilización por el consumismo.

Sexta obra de misericordia, ***redimir al cautivo***. Por cierto, que hay por ahí unos dibujitos, unos folletos pequeños hechos para niños que todavía no saben leer o están aprendiendo, en los que ponen un dibujo para cada obra de misericordia; los han publicado este año, una editorial de Sevilla. ¿Y sabéis qué dibujo han puesto para ***redimir al cautivo***? Me ha hecho mucha gracia porque han puesto el dibujo de un niño delante de la Play enganchado, y otro niño le coge del brazo y le dice, "¡venga, deja la Play ya!". Es cierto que tenemos que ver qué esclavitudes se están generando en nosotros. Somos una sociedad que es escuela de adicciones, es tremendo, el mundo

de la tecnología está creando muchas adicciones. Luego, **Redimir al cautivo**, yo creo que también hoy en día pasa por educarnos en el cuidado de no engancharnos. Y, por cierto, que cuando he estado con niños de comunión, en las visitas pastorales, les suelo regalar uno de estos folletos, y cuando les comentamos esto, y se ve al niño con la Play les pregunto: "¿Y qué es lo que le pasa a este niño que está con la Play delante de la pantalla?". Ellos te responden casi siempre diciendo: "No, es que está enviciado". Es curioso, ellos entienden esa expresión; me llama la atención la expresión "está enviciado", un niño la entiende perfectamente. Bueno, pues yo creo que con sus términos, es importantísimo que nosotros eduquemos en que la libertad supone lucha, la libertad supone una batalla. Lo fácil es dejarse esclavizar, ser libre es una gran batalla. Y para ser libre hay que saber decir que no, hay que tener un autodomínio. Si yo estoy continuamente con la Play estoy "enviciado" y además, cuanto más sea capaz de renunciar, en el momento en que disfrute disfrutaré más; también esto suele ser así, si uno no sabe renunciar, en el fondo ya comienza a no disfrutar. **Redimir al cautivo** también se puede aplicar en el seno de la familia en la manera en que administramos los castigos, que es muy importante que sean con ecuanimidad, con proporcionalidad, sin acritud... O sea, que los castigos tengan también una capacidad pedagógica, para que podamos salir de esas adicciones, a las que a veces tenemos que poner ciertas normas para poder ser liberados. Ahí tenemos un gran reto, en cómo transmitir de una manera pedagógica, y vuelvo a decir lo que he dicho antes, que cuando ponemos una medida de autoridad o un castigo, intentando recomponer alguna situación de desorden, es muy importante que eso no haya nacido de un estado de visceralidad, sino que haya tenido la capacidad de discernirlo en serenidad y con prudencia.

Y la última obra de misericordia, **enterrar a los muertos**. Tengo previsto escribir una carta pastoral antes de que acabe el año jubilar, que termina el 30 de noviembre, y ahí, por el día de todos los difuntos publicarla en un periódico hablando de esto. Lo digo porque, entre nosotros, se ha extendido esa costumbre pagana de aventar las cenizas y olvidarnos del cementerio. Y es curioso, porque la palabra cementerio, como su propio nombre indica -cementerium- significa dormitorio. Cementerio es una palabra cristiana, antes del cristianismo no se le llamaba cementerio se le llamaba necrópolis, -el lugar de los muertos-, pero fue el cristianismo el que cambió el nombre al lugar en el que reposan los muertos y lo llamó cementerio -dormitorio- porque creemos en la inmortalidad del alma y creemos también en la resurrección al final de los tiempos. Entonces creo que es muy importante el educar sobre este momento último de la vida. Y uno de los dramas que ocurren, a veces, es que nuestra cultura oculta la muerte, porque no sabe qué hacer con ella, la oculta, la tapa, a los niños no les decimos nada, o les decimos tonterías.

El otro día tuve un encuentro con profesores de religión y algunos me contaban cosas que los niños les dicen, por ejemplo, a uno de ellos le dijeron que "su abuelo se había ido y no iba a volver." Con todos mis respetos, a mí me angustiaría mucho más que me dijese que mi abuelo se ha ido y ya no volverá, no sabría que pensar, ¿habría desaparecido, o qué pudo pasar?. O sea, decirle a un niño: "El abuelo se ha ido y no va a volver", o "está en una estrella..." Me parece terrible, por no tener una palabra de esperanza, dejar al niño en esa situación de incertidumbre. Es curioso ver, por no tener la capacidad de explicar, sencillamente, la fe católica, los líos que armamos a los niños, por no transmitirles claramente la esperanza cristiana. Los niños suelen tener una capacidad de vivir la esperanza cristiana muy superior a nosotros.

Recuerdo un monaguillo en Zumárraga, era monaguillo mío, y un domingo le dio a su padre un ataque al corazón que fue fulminante. Me llamaron, fui corriendo a su casa, llegué antes que los sanitarios y estaba el padre caído en el comedor y la madre lloraba.

Y recuerdo que el niño, el monaguillo, eran tres hermanos; pero el monaguillo le dijo a su madre: "Mamá, quédate tranquila, que papá está con Jesús, está con Dios" y se lo decía el niño a su madre con una fuerza tremenda. A los niños, a veces, por aliviarles les estamos ocultando el hecho de la muerte y estamos proyectando en ellos nuestras dudas; los niños tienen menos problema que nosotros. Un niño tiene una capacidad de hacer un acto de fe en sencillez muy superior a nosotros, y les estamos ocultando verdades básicas de la vida cuando no les hablamos de la muerte.

Por ejemplo, es muy importante decirle un día a un niño: "Vamos a rezar para que toda la familia nos juntemos un día en el cielo, para que todos nos unamos en el cielo, y el día que uno se marche podemos decirle, "él ya se ha marchado, los demás vamos de camino". Es muy importante transmitir eso a un niño; y vamos preparando el camino. Yo creo que es un drama que estemos ocultando la muerte a los niños, los niños no van al funeral, se los llevan a otra casa y no sé qué cosas más; es un error tremendo. De la misma forma que me parece importante que también en las familias se hable de los que se han marchado; se hable del abuelo, se recuerden sus cosas, se recuerden sus frases, sus anécdotas, se celebren sus aniversarios, vayamos a misa el día en que falleció el abuelo. Guardar memoria de los que se han marchado y transmitir en la familia que nuestra meta es que nos juntemos todos en el cielo. Esa es nuestra meta y lo contrario es vivir de espaldas a la realidad, dejando a nuestros hijos en una nebulosa de explicaciones que no saben muy bien ni por dónde les pega el viento. Por eso también, creo que es significativo el que estemos en esto, "¿qué hago con las cenizas?, no sé ni qué hacer con ellas..." Me acuerdo que en una ocasión una familia, estando yo de párroco en Zumárraga, vinieron con las cenizas y me decía la esposa que las iban a echar en el Bernabeu. Entonces yo, intentando quitárselo de la cabeza pensé que no era momento para argumentos teológicos y recurrí a un argumento más práctico. Le dije: "No, mire usted, yo creo que lo lógico es que repose en un lugar junto a sus seres queridos. ¿Usted piensa que él quería más al Madrid que a la familia?". Y la señora, para mi sorpresa, me contestó que eso no lo tenía muy claro... Entonces me di cuenta de que había ido por mal camino y volví al argumento teológico.

Y es que también, en este momento, enterrar a un difunto consiste simplemente en buscar un sitio que haya sido significativo para él y eso es no caer en la cuenta de que estamos preparando nuestro encuentro definitivo con Dios, es no caer en la cuenta de que nuestra vida es una peregrinación y vamos a una meta; y hemos perdido ese concepto. Entonces, "si le gustaba el fútbol échalo ahí, si le gustaba pescar, échalo con los peces..." Es la fotografía de una sociedad sin rumbo, que no tiene unos valores. Creo que es muy importante que no nos asustemos de transmitir a nuestros hijos que la vida no tiene sentido si la muerte no tiene sentido. Si la muerte no tiene sentido, la vida no tiene sentido, porque ¿para qué todo si luego es la nada?. Si la muerte no tiene sentido la vida tampoco. Yo creo que una obra de misericordia es educar a nuestros hijos en el sentido de la muerte e insistiendo en estos aspectos.

Entonces, es verdad, que generalmente la Iglesia se ha acostumbrado a predicar estas obras de misericordia hacia fuera; "dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento..." pero, en definitiva, yo creo que las obras de misericordia, como se dice: "la caridad bien entendida tiene que comenzar por casa" tenemos que encontrar en el seno de la familia un ámbito suficiente de encarnación de estas obras de misericordia, para que nuestros hijos vean que de la abundancia de nuestro corazón somos capaces de dar a los demás. De lo contrario, difícilmente nuestra caridad con el prójimo va a poder ser real, madura y fecunda, si no lo hemos vivido en el seno de la familia.